

más baratos algodones que cualquier otra nación pero no se pretende por eso que no deba producir más que tejidos de algodón. Si pudiera hacer la misma oferta de algodones que ahora con la décima parte de capital y trabajo, ¿no es evidente que se incrementarían prodigiosamente los medios de que dispone para producir otras mercancías? ...

Se ha pretendido, sin embargo, que, cuando se emplea la maquinaria para ejecutar el trabajo que anteriormente había sido realizado sirviéndose de trabajadores, el precio de la mercancía rara vez o nunca baja tanto como para que la reducción de su precio equivalga a la suma de los salarios de los trabajadores cesantes. La invención de maquinaria —dice Mr. Sismondi— que produjera algodones cuyo precio fuese el cinco por ciento inferior al actual, provocaría la cesantía de todos los hilanderos y tejedores del algodón en Inglaterra; en tanto que la creciente demanda de otros artículos, ocasionada por este ahorro insignificante, difícilmente daría empleo al cinco por ciento, es decir, a la veintea parte de los brazos parados. Así pues, si se produjera un mejoramiento de esta clase, la inmensa mayoría de las personas tendrían que morir de hambre, o habría que atenderlas en asilos. Pero, al hacer esta declaración, Mr. Sismondi ha omitido uno de los elementos más importantes: no nos ha dicho cómo se iban a fabricar sus máquinas. Si, como supone tácitamente Mr. Sismondi, las máquinas no cuestan nada, si son gratuitos dones de la Providencia, lo mismo que el aire atmosférico, y no se necesita trabajo para producirlos, entonces los precios, en vez de bajar un cinco por ciento, bajarían a cero; y cada centavo que antes se hubiera aplicado a la compra de los algodones quedaría en libertad y se aplicaría a la adquisición de otras mercancías. Pero si, al asentar que la introducción de la nueva maquinaria ha reducido el precio de los algodones en un cinco por ciento. Mr. Sismondi quiere decir, como debe ser, que 20,000 libras esterlinas invertidas en una de sus máquinas perfeccionadas producirán la misma cantidad de algodón elaborado que 21,000 empleadas como capital circulante, o en la maquinaria hoy en uso, entonces es manifiesto que 20/21 partes de todo el capital empleado con anterioridad en la manufactura del algodón se empleará en adelante para hacer máquinas, y que el otro 1/21 pasará a constituir un fondo en apoyo de los trabajadores entregados a la producción de artículos que, debido a la baja del cinco por ciento en el precio de los algodones, deberán experimentar una demanda proporcionalmente mayor. En este caso, pues, es claro que, lejos de ser privados de su empleo veinte de cada veintiún trabajadores dedicados a la manufactura del algodón, no lo será ni un solo...

Parece, por tanto, que la introducción de máquinas, al tender a bajar los precios y a elevar la oferta de mercancías, no puede disminuir la demanda de trabajo o reducir la cuantía de los salarios. La introducción de tales máquinas en un empleo provoca necesariamente una demanda igual o mayor de trabajadores cesantes en otros

empleos. La única dificultad que pueden acarrearle al trabajador es que, en algunos casos, lo obligan a cambiar de trabajo. Pero ésta no es una desventaja muy real. La persona que haya sido entrenada en los hábitos de la industria y la aplicación puede ser fácilmente trasladada de un empleo a otro. Las varias secciones subordinadas de todos los grandes sectores de la industria tienen tantas cosas en común, que la persona que haya alcanzado una buena eficiencia en alguna de ellas no es fácil que encuentre dificultades para lograr el mismo aprovechamiento en cualquier otra. Es sencillo para un tejedor de algodón convertirse en tejedor de géneros de lana o de lino; y se necesitaría muy poca instrucción adicional para enseñar al constructor de una carreta o un arado cómo se hace una máquina trilladora ...

Evidentemente es cierto que el individuo obligado a transferir su capital en un negocio a otro perderá todo el beneficio que antes obtenía de la porción que no puede ser recuperada. Pero ¿hay que evitar la introducción de nuevas máquinas porque la maquinaria vieja es tosca que se usaba antes tenga que ser reemplazada, y haya de perderse el capital invertido en ella? Perderán unos pocos; pero la sociedad en su conjunto siempre está segura de derivar un gran auge de riquezas con la adopción de cualquier artificio que pueda ahorrar trabajo. Ya se ha demostrado que ni el poder, ni la voluntad de comprar mercancías se disminuyen, ni pueden disminuirse, por la introducción de máquinas que facilitan la producción; y como la capacidad de emplear trabajo depende de la suma del capital circulante que pueda retirarse sin pérdida, es palmario que no pueden menguar.

Las percepciones del trabajo continuarían, por ende, siendo tan altas como antes, mientras que la reducción en el precio de los artículos haría que dichas percepciones sirvieran para adquirir más cosas necesarias o cómodas para la vida. Así pues, y a despecho de la variedad de opiniones comunes sobre el tema, parece ser que el perfeccionamiento de la maquinaria es siempre más ventajoso para el trabajador que para el capitalista. En ciertos casos puede reducir los beneficios de éste y destruir una parte de su capital; pero en ninguna circunstancia puede disminuir los salarios del trabajador, y siempre debe hacer bajar el precio de las mercancías, y por lo tanto mejorar la situación del mismo ...

Se observará que, al tratar esta cuestión, siempre se ha supuesto que el objeto perseguido por la persona que construya una máquina es bajar el costo de las mercancías que se han de producir mediante ella y, para eso, incrementar su cantidad. Pero Mr. Ricardo ha imaginado que una máquina puede ser introducida no para reducir el costo de las mercancías, sino porque puede dar a su propietario el mismo beneficio neto, o en todo caso uno ligeramente mayor, que el obtenido con el empleo del trabajo; en este caso no puede ponerse en duda que el efecto inmediato de la introducción de la máquina será de las peores consecuencias para el trabajador. Para entenderlo me-

por, supongamos que los beneficios ascienden al 10% y que el capitalista ha dedicado un capital de 10.000 libras al pago de salarios de los trabajadores que le producen paño suficiente para venderlo al fin de la temporada en 11.000 libras, esto es, 10.000 para reponer el capital y 1.000 de beneficio. Mr. Ricardo dice que el capitalista le dará igual invertir su capital de 10.000 libras en una máquina muy duradera, que solamente producirá un onceavo de paño, equivalente a los 1.000 libras de ganancia; aunque, si hace esto es obvio que todos los trabajadores que emplee quedarán al garete y ya no habrá más demanda para sus servicios, ni existirá un fondo para su mantenimiento. Mas aunque tal eventualidad es posible, puede asegurarse que hasta ahora no se ha presentado y es difícilísimo que pueda ocurrir. Los capitalistas nunca recurren a las máquinas si no es porque esperan producir, con su concurso, la misma cantidad de artículos que antes a un precio menor. Si fueran a conducirse de acuerdo con los principios de Mr. Ricardo, aquellos que hubieran estado llevando al mercado 110.000 yardas de paño, de las cuales 10.000 fuera la ganancia, en el futuro sólo llevarían estas 10.000; en esas circunstancias, toda nueva introducción de maquinaria estaría inevitablemente seguida de una oferta disminuida de artículos y un alza de precios. Pero, como todo el mundo sabe, los efectos producidos han sido hasta ahora lo contrario y podemos predecir con confianza que así seguirá ocurriendo cada vez que se implanten nuevas máquinas. Nadie preferiría invertir su capital en una maquinaria de la que no puede obtener, al menos, iguales rendimientos o un poco más altos que los que obtiene empleando obreros; eso equivaldría a exponer su fortuna a un riesgo considerable por los caprichos de la moda, a la vez que perjudicaría mucho su influencia y su reputación en el país. El caso supuesto por Mr. Ricardo es apenas posible. En los actuales negocios del mundo nunca se ponen máquinas para disminuir la producción en bruto, sino siempre para aumentarla; o, lo que es lo mismo, solamente se introducen cuando se cree que pueden satisfacer a menor precio que antes la demanda existente; y se ha demostrado suficientemente que, mientras esto ocurra, la maquinaria no puede ocasionar el menor perjuicio al trabajador y que, al contrario, tiene que resultarle sumamente beneficiosa.

Resulta, pues, que la máxima capacidad de producción nunca puede ser mala y debe procurarse siempre con las mayores ventajas en su favor. "*Augmenter la reproduction annuelle, la porter aussiloin q'elle peut aller, en débarassant de toute entrave et en animant l'activité des hommes, voilà le grand but que doit se pro poser le gouvernement.*" (Dignan, *Essai sur l'Econ. Polit.*, p. 134).* Ocasionalmente puede producirse un exceso de una mercancía dada; pero es imposible que haya demasiada oferta de todos los artículos. La

* Aumentar la producción anual, llevarla lo más lejos posible, desembarazándola de todo obstáculo y estimulando la actividad de los hombres en ella; ese es el gran fin que el gobierno debe proponerse.

falla no está en producir demasiado, sino en producir mercancías que, o bien no son del gusto de aquellos a quienes queremos cambiárselas, o que nosotros mismos no podemos consumir. Si tenemos en cuenta esos dos grandes requisitos, si producimos únicamente las mercancías que pueden ser absorbidas por las personas a quienes se las ofrecemos en venta, o solamente las que podamos emplear directamente, podremos incrementar la producción mil o un millón de veces, que estaremos tan libres de cualquier exceso como si la disminuyéramos en la misma proporción... La saturación universal de todos los tipos de mercancías... es imposible: cualquier exceso en uno de ellos debe estar compensado por una deficiencia igual en otro. No es el aumento, es la mala aplicación de la capacidad productiva, la adaptación impropia de medios a fines, lo que constituye la causa específica y constante de las saturaciones. Y es palmario que el remedio real y el único eficaz contra este mal ha de encontrarse en la libertad de la industria y en el establecimiento de un sistema liberal y amplio de política comercial. Si recurriéramos gradualmente al sano principio de la libertad de comercio y renunciáramos a cualquier intento de alentar o fomentar un ramo de la industria más que otro, disminuiría mucho el riesgo de una producción imprudente y, cuando se presentara, quedaría rectificadísima mucho más pronto. Hasta ahora, cuando un sector de la industria ha atraído demasiado capital, el gobierno, en vez de dejarlo que por sí mismo encuentre otros cauces de inversión, ha intervenido generalmente para evitar la restauración de aquel equilibrio natural entre el precio y el costo de producción, que el ardor de la especulación puede a veces desnivlear, pero que el interés propio de los afectados restaurará infaliblemente, cuando se les deja solos. Es a esta intervención gubernamental a quien ha de culparse de nueve saturaciones de cada diez que se presentan. El sistema restrictivo y prohibitivo ha dislocado a la sociedad de su posición natural. Todo lo ha puesto sobre una base insegura. Nuestras leyes cerealistas, por ejemplo, al elevar el precio medio del trigo en Gran Bretaña hasta casi el doble de lo que vale en otros países, impiden toda exportación en un año de doble de lo que vale en otros países, impiden toda exportación en un año de abundancia poco común, salvo que se baje su precio hasta el 40 o 50% menos del costo de su producción, y hasta que los agricultores se hayan visto envueltos en la miseria y la ruina extremas. Este es el caso en todas partes. Todo estímulo artificial, sea cual fuere el efecto momentáneo que puede producir en el sector de la industria a que se aplica, resulta inmediatamente desventajoso para los demás, y ruinoso en último extremo para aquel ramo que ha pretendido fomentarse. Ninguna reglamentación arbitraria, ningún acta de la legislación puede añadir nada al capital del país; lo único que conseguirá será obligarlo a encauzarse por canales artificiales. Además, después de que se haya vertido por esos cauces una cantidad suficiente de capital, debe iniciarse una reacción. No puede haber una salida exterior para el

exceso de su producción; y siempre que se opere un cambio en la moda, o una fluctuación en el gusto de los consumidores, aparecerá una depresión en la demanda, y los almacenes pueden estar seguros de verse llenos de artículos que, en un estado de libertad, no quedarían estancados. El ignorante o el interesado atribuyen siempre esas saturaciones a un exceso en la potencia productiva. Pero la verdad es que indican de modo concluyente su disminución; y que son el resultado necesario e inevitable de aplicar aquellas venenosas políticas que ponen en peligro y vician el estado natural y saludable de la economía pública.

Parte III: Distribución de la Riqueza

SECCION VII. CIRCUNSTANCIAS QUE DETERMINAN LA PROPORCION DE SALARIOS - 1. LOS JORNALES DE MERCADO O REALES; DEPENDEN DE LA RELACION ENTRE CAPITAL Y POBLACION - 2. JORNALES NATURALES O NECESARIOS: DEPENDEN DEL TIPO Y CANTIDAD DE ALIMENTOS Y OTROS ARTICULOS QUE NECESITA EL TRABAJADOR PARA SU CONSUMO; VARIAN SEGUN LOS DIVERSOS PAISES Y EPOCAS -EFECTO DE LAS FLUCTUACIONES DE SALARIOS SOBRE LA CONDICION DE LAS CLASES LABORANTES -VENTAJA DE LOS SALARIOS ALTOS -VENTAJAS QUE PRESENTA EL QUE LOS TRABAJADORES DEPENDAN PARA SU SUSTENTO DE LOS ALIMENTOS MAS BARATOS -LOS SALARIOS ALTOS NO SON CAUSA DE OCIOSIDAD -EFECTO DE LAS LEYES DE BENEFICENCIA Y EDUCACION DE LA CONDICION DE LOS TRABAJADORES.

Hemos visto ya que los salarios percibidos por los trabajadores que se dedican a los diversos oficios pueden considerarse realmente iguales, cuando se tienen en cuenta todas las circunstancias; y, por lo tanto, sin fijarme en las diferencias efectivas en el monto del dinero o las mercancías percibidas por los diversos sectores de trabajadores, supondré que todos los tipos de trabajo se reducen a una misma norma común y trataré de descubrir el principio que regula la proporción de salarios pagados por ese trabajo común.

Esta investigación se facilitará dividiéndola en tres secciones: el objeto de la primera será descubrir las circunstancias que determinan la relación de mercado o proporción actual de los salarios en un momento dado; de la segunda, averiguar las circunstancias que definen su cuantía natural o necesaria, esto es, los salarios requeridos por el trabajador para poder subsistir y propagarse; el fin de la tercera será indagar las circunstancias que originan los salarios proporcionales, o la participación que corresponde al trabajador por el producto de su industria.

1. Circunstancias que determinan los salarios del mercado,

salarios reales.- La capacidad que un país tiene para sostener y emplear trabajadores no dependen de ningún modo de lo ventajoso de su situación, la riqueza del suelo o la extensión de su territorio. Son estas circunstancias indudablemente muy importantes e influirán necesariamente en el grado de progreso de un pueblo en la carrera de la riqueza y la civilización. Pero evidentemente la capacidad que tenga para sostener y emplear trabajadores no depende de ellas, sino que ha de depender integralmente de la cuantía real o de la producción acumulada por un trabajo previo, o del capital dedicado a pagar jornales que un país posea en un momento dado. Una tierra fértil ofrece los medios para aumentar rápidamente el capital; pero eso es todo. Antes de que esa tierra pueda ser cultivada, se necesita un capital para sostener a los trabajadores que se dediquen a su cultivo, lo mismo exactamente que se necesita para mantener a los obreros de las manufacturas y de cualquier sector de la industria.

Es consecuencia necesaria de este principio que la cuantía de los medios de subsistencia que corresponde a cada trabajador, o el monto de los salarios, tiene que depender de la porción que todo el capital guarde con la suma íntegra de la población laborante. Si se aumentara el monto del capital sin que tuviera lugar un incremento correspondiente de la población, a cada individuo le correspondería una participación mayor, es decir, los salarios aumentarían: Y si, por otra parte, aumentara la población más de prisa que el capital, tocaría menos a cada uno, a lo que es igual, los salarios se reducirían...

Mientras el capital y la población marchen parejos, o aumenten o disminuyan en la misma proporción, el nivel de salarios, y en consecuencia la situación de los trabajadores, seguirá siendo idéntico; y solamente cuando la proporción de capital a población varía, cuando aumenta o disminuye, es cuando la proporción de los salarios experimenta un avance o una mengua. El bienestar y la comodidad de las clases trabajadoras dependen, pues, especialmente de la relación que guarde su aumento con el aumento del capital dedicado a alimentarlas y emplearlas. Si aumentan más velozmente que el capital, sus jornales se reducirán; y si aumentan más despacio, se elevarán. De hecho, no hay otra manera de hacer mayor el poder adquisitivo de la clase laborante sobre las cosas convenientes y necesarias para la vida, más que acelerando el crecimiento del capital respecto a la población o retardando el aumento de la población comparada con el capital; y cualquier programa de mejora para la condición del obrero que no asiente en este principio, o no persiga el incremento de la razón de capital a población, será necesariamente nulo e ineficaz.

Los salarios del trabajo se pagan o estiman casi siempre en moneda; y acaso pueda pensarse que su cuantía dependerá más de la cantidad de dinero que hay en circulación en un país, que de la magnitud de su capital. Pero al trabajador le da lo mismo realmente que la cantidad de dinero recibida por él en los salarios sea grande o